

BIBLIOTECA DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

XLI

CICLO DE CONFERENCIAS

PARQUES Y JARDINES



*C. AÑÓN FELIÚ – J. L. SANCHO GASPAR – J. MARTÍNEZ PEÑARROYA – M.
LUENGO AÑÓN – L. M. APARISI LAPORTA – A. LUENGO AÑÓN – C. CAYETANO
MARTÍN – J. DEL CORRAL RAYA – F. DIAZ MORENO – M.ª T. FERNÁNDEZ
TALAYA – C. LOPEZOSA APARICIO – R. BASANTE POL – J. MONTERO PADILLA –
E. DE AGUINAGA LÓPEZ – R. SERRANO RUBIO – C. ARIZA MUÑOZ – F. AZORÍN
GARCÍA – A. SÁNCHEZ ÁLVAREZ-INSÚA – A. CARLOS PEÑA – A. MORA
PALAZÓN – P. GONZÁLEZ YANCI – I. BARBEITO CARNEIRO*

*INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS
C. S. I. C.*

INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS
Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Centro de Ciencias Humanas y Sociales

La responsabilidad del texto y de las ilustraciones insertadas
corresponde al autor de la conferencia.

Imagen de cubierta: *Exedra*, en el Parque del Capricho (Alameda de Osuna),
por Carlos Clifford, año 1856.

© 2011 Instituto de Estudios Madrileños
© 2011 Los autores de las conferencias

ISBN: 978-84-930333-7-8
Depósito Legal: M-18184-2012
Impreso en España

SUMARIO

	<u>Págs.</u>
<i>Presentación</i> , por ALFREDO ALVAR EZQUERRA.....	9
<i>Anotaciones al Ciclo de Conferencias Parques y Jardines Madrileños</i> , por M ^a TERESA FERNÁNDEZ TALAYA.....	11
<i>Los Jardines de El Escorial</i> , por CAMEN AÑÓN FELIÚ.....	15
<i>El patio de los evangelistas del monasterio de El Escorial</i> , por JOSÉ LUIS SANCHO GASPAR.....	35
<i>El Campo del Moro</i> , por JOSÉ MARTÍNEZ PEÑARROYA.....	61
<i>Los jardines del Capricho de la Alameda de Osuna</i> , por MÓNICA LUENGO AÑÓN.....	79
<i>Jardines en el Real Bosque de la Casa de Campo</i> , por LUIS MIGUEL APARISI LAPORTA.....	111
<i>Los Jardines de Aranjuez</i> , por ANA LUENGO AÑÓN.....	137
<i>Paseos, caminos y arbolado: la jardinería en el urbanismo madrileño (siglo XV a XVIII)</i> , por CARMEN CAYETANO MARTÍN.....	151
<i>Jardines particulares en el Madrid del siglo XVIII</i> , por JOSÉ DEL CORRAL RAYA.....	175
<i>Jardines conventuales. Un caso singular: los Recoletos de Huerta a Biblioteca</i> , por FÉLIX DIAZ MORENO.....	187
<i>De los jardines de la Moncloa al parque del Oeste</i> , por MARÍA TERESA FERNÁNDEZ TALAYA.....	201
<i>Espacio y solaz para los madrileños: El Paseo del Prado</i> , por CONCEPCIÓN LOPEZOSA APARICIO.....	215
<i>El Real Jardín Botánico, una institución al servicio de la Corona española</i> , por ROSA BASANTE POL.....	229
<i>Las Vistillas</i> , por JOSÉ MONTERO PADILLA.....	245
<i>Parque de la Fuente del Berro</i> , por ENRIQUE DE AGUINAGA LÓPEZ.....	257
<i>La Quinta de los Molinos</i> , por RAFAEL SERRANO RUBIO.....	273
<i>Los nuevos espacios verdes de la Comunidad de Madrid</i> , por CARMEN ARIZA MUÑOZ.....	291

<i>El parque Arias Navarro, pulmón de Aluche</i> , por FRANCISCO AZORÍN GARCÍA.....	301
<i>Los Jardines de Eva Perón</i> , por ALBERTO SÁNCHEZ ÁLVAREZ INSÚA	317
<i>La plaza de Oriente</i> , por ALFONSO DE CARLOS PEÑA.....	333
<i>Los Jardines del Descubrimiento</i> , por ALFONSO MORA PALAZÓN.....	355
<i>El Pasillo Verde</i> , por PILAR GONZÁLEZ YANCI.....	373
<i>El Jardín de Marcela, la hija del poeta Lope</i> , por ISABEL BARBEITO CARNEIRO	395
<i>Los Jardines de la Fresneda</i> , por CARMEN AÑÓN FELIÚ	421

JARDINES PARTICULARES EN EL MADRID DEL SIGLO XVIII

Por JOSÉ DEL CORRAL RAYA
Instituto de Estudios Madrileños

Conferencia pronunciada el día 28 de
noviembre de 2006, en el Museo de los
Orígenes (antes Museo de San Isidro)

Se pensó en los comienzos del siglo XVII, cuando Madrid vivía gloriosamente los momentos centrales del gran Siglo de Oro, el caserío de la Villa ofrecería un aspecto denso y apretado, marcando la línea de las calles, sin adornos vegetales de importancia, pero viene resultando que no es así, por ello vale pues la pena ocuparnos de cuáles y cómo eran los jardines que alegraban la vida de las casas madrileñas, ricas y pobres.

Los datos que se reúnen en este trabajo tiene totalmente una procedencia documental. Hace muchos años que venimos trabajando sobre las páginas de un libro manuscrito de la Biblioteca Nacional, que lleva la signatura mss. 5119, y el título «Libro de las Calles de Madrid por el que se pagan Incómodas y Tercias partes». En realidad no fue más que el libro por el que los cobradores de la «Visita de Aposento» recibían el pago del impuesto o gabela llamado de Aposento, una carga que sólo habían de pagar los vecinos de la Villa, por ser esta residencia de la Jefatura del Estado. Una ventaja de ser madrileño, vamos. Una ventaja que no parece que nadie tenga en cuenta a este pobre Madrid y a sus habitantes y que hubieron de abonar durante siglos.

En este libro figuran detallados los espacios dedicados al jardín que, por no estar construídos, estaban exentos de cargas monetarias. Hasta ahora el texto había sido utilizado para estudios de toponimia con indudables frutos, pero nosotros quisimos sacar de él datos para hacer una fotografía de aquel Madrid y de sus vecinos. No voy a ocuparme ahora de las dificultades metodológicas que el trabajo conllevó y que fueron tantas que se extendieron por muchos años hasta que se fueron superando. Pero al fin sabemos quienes eran la mayor parte de los vecinos que residían en cada una de las calles y como era habitual uso que artesanos y comerciantes tuvieran en su residencia su propio negocio podemos hasta conocer como estaba repartido el comercio y cual era este en cada zona de la Villa. Y también donde estaban los lugares en que los madrileños habían plantado sus jardines para su descanso y alegría.

Antes de entrar en concretos detalles y localizaciones, unas creemos que precisas nociones generales.

Podemos clasificar estos jardines en tres grupos: el que reunía a los más pequeños, estaba formado por trozos de las residencias, que habían cambiado su dedicación primitiva de corrales en floridos jardines y que solo suponían una parte de la parcela de cada vivienda. La segunda clase estaba formada por propietarios que habían adquirido una o más casas, que hoy llamaríamos solares y entonces se decían «sitios», y habían derruido las construcciones existentes y convertido los terrenos en jardines, mucho mayores claro es, que los del primer grupo, que era el más frecuente y que está representado por el jardincillo de la casa de Lope de Vega, que es hoy de fácil y muy provechosa vista.

Por último, el tercer grupo estaba formado por quienes habían dedicado una manzana entera para hacer de ella un jardín o a lo más, habían levantado en él una pequeña construcción, de uno o dos aposentos, donde refugiarse en los momentos de mayor calor veraniego. Naturalmente este grupo era el menos numeroso.

Hay que advertir que el segundo y el tercer grupo podían estar inmediatos a la vivienda permanente o en otro lugar, más o menos lejano. En realidad estos apartados constituían una segunda residencia en la que aquellos hombres encontraban reposo sin salir de la Villa y sin caravanas de viaje.

Los jardines del primer grupo estaban por todas partes, sin que puedan señalarse zonas de mayor frecuencia. Los del segundo y tercer grupo también los encontramos esparcidos por muy distintos barrios, pero hay dos lugares en los que parece fueron mucho más frecuentes: la zona de la Puerta de Santa Bárbara a la de Recoletos y el Prado, tanto el de Recoletos como el de San Jerónimo. Aquí llegaron a formar una línea al borde del caserío casi completa.

En total el número de jardines que hemos podido hallar de estas tres clases es muy grande, tanto que resulta imposible, por falta de espacio, reunirlos en solo trabajo que sería desusado. Por ello, nos hemos visto obligados a verificar una selección de más de sesenta ejemplos de todas las clases.

Allá, por la calle de Segovia, estaba la calle llamada Cuesta de los Ciegos, que se despeñaba sobre la barrancada de la calle de Segovia. El lugar afectado por reformas urbanas está actualmente muy cambiado y la enorme manzana 140 se ha convertido en una manzanita de las más pequeñas de Madrid. Pero allí tenía huerta y jardín un personaje de una ilustre familia madrileña, cuya cabeza logró el enoblecimientos y el marquesado. Pariente de aquel, era este, don Diego de Barrionuevo, que ahora nos ocupa. Difícil es ocuparse de algún tema de aquel Madrid sin encontrar algún Barrionuevo de por enmedio.

Esta vez acudimos a visitar una casa del más importante centro comercial del Madrid de entonces: las Platerías. Y allí, entre la Plaza de la Villa y la desaparecida calle de la Chamberga, estaba la casa de nuestro hombre, naturalmente joyero: Antonio de Plaza Valmaseda. Para quien no conozca demasiado bien la zona diremos que la calle de la Chamberga y la calle de San Miguel, también desaparecida así como tres casitas, igualmente ya no existentes, ocupaban el pequeño trozo que hoy es la Plaza de San Miguel comunicándose con la calle Mayor. No es preciso decir que las casitas

eran minúsculas. Mayor era de nuestro Plaza Valmaseda, que si a Plazaterías no tenía mucha fachada si de adentraba en la manzana, que era y es grande, para dar lugar al jardincito, allá al fondo de la casa, que también tenía taller y comercio de nuestro platero. Pero Valmaseda era un gran amante de los jardines y ya lo encontraremos otra vez en este paseo.

Intenten, idealmente, trasladarse a la calle Espartero esquina a la del Marqués Viudo de Ponteijos, se llamaba entonces Plaza de San Esteban y era una plazuela que, sin otra entrada ni salida que está, se adentraba en la gran manzana, cuya mitad hacia Sol ocupaba el convento agustino de San Felipe el Real, y hoy la que se conoce como Casa de Cordero. Y en esa plaza tenía una propiedad don Agustín de Arellano, Caballero de la Orden de Calatrava, Contador Mayor, que tampoco residía aquí, que él vivía en la casa que heredó de sus padres en la calle de San Mateo esquina a la de Santa Águeda, pero tenía aquí otra casa con jardín que seguramente alquilaba. De don Agustín de Arellano nos han ido viniendo a las manos, sin buscarlos, tantos datos que verdaderamente tentados estamos de trazar su biografía, que no dejaría de tener interés. Digamos que fue un hombre de suerte, que supo enriquecerse por lícitos medios.

Nos corresponde ahora acudir a la calle de Atocha, esquina a la calle del Viento, que hoy se llama de San Sebastián. Con gran personaje hemos dado, nada menos que con el Regidor de la Villa, Juan Fernández, comerciante en sedas y especias, hombre de gran fortuna al que hicieron célebre dos cosas, su propiedad de la «Huerta de Juan Fernández» en donde hoy el Ministerio del Ejército de Tierra, en Cibeles, y a la que nada menos que Tirso de Molina dedicó una comedia, y a la copla que le asestó el maldiciente Conde de Villamediana cuando, como Regidor, le encargaron de la construcción de la Torre de Música del Prado:

Buena está la torrecilla
cien mil ducados costó
si Juan Fernández lo hurtó
¿qué culpa tiene la Villa?

Bueno, resulta que Juan Fernández no lo hurtó, que don Carlos Cambronero encontró las cuentas del gasto y vino a comprobar que nada había sido malgastado, ni había costado cien mil ducados. A Juan Fernández no le hacía falta robar, poseía un capital de lo más saneado y aquí, adonde hemos llegado en este paseo, tenía sus casas principales, que fueron después del Conde de Teba. Sobre la mesa tenemos la fotocopia del testamento del viejo Regidor, que demuestra claramente la cuantía de sus bienes. Lo malo es que también dice de quienes le debían y resulta que, nuestro comerciante y Regidor, entre deudos y amigos y aquellos que le debían préstamos dinerarios, contaba con los cotos de medio Ayuntamiento. No sería mal tema un estudio sobre las actas de las sesiones municipales, para determinar todo lo que quiso y logró hacer en el Ayuntamiento de Madrid Juan Fernández, mercader de sedas y especiería. Naturalmente,

que pese a que residía en un lugar en que el terreno se pagaba caro, había dejado espacio y junto a su residencia tenía un magnífico jardín para su recreo.

El Jardín del Licenciado Rico Berzoso, semi esquina a la calle del Fucar, en la después manzana 245. Confesamos no saber en qué facultad se había licenciado Rico Berzoso, desde luego no debía ser médico, sino abogado o teólogo. Resulta que nuestro estudio nos ha mostrado claramente como la sociedad madrileña estaba fuertemente influenciada por un alto número de doctores y licenciados y eso en tiempos en que en Madrid no había universidad alguna. Tantos eran que, proporcionalmente, estamos seguros de que actualmente, con no sé si un total de diez o de veinte universidades madrileñas entre públicas y privadas, no creo que se alcance el porcentaje de titulados universitarios entonces existentes. Indudablemente esa es una causa no tenida en cuenta para el surgimiento del Siglo de Oro, precisado de tener, como obligado soporte, una sociedad culta y preparada. Quizá no llevemos camino hoy de formar una sociedad capaz de provocar otro Siglo de Oro.

Un jardín que perteneció a quien ya resulta gran conocido nuestro: Juan de Sotolengo, Alguacil de Corte, y su mujer doña Beatriz de Rojas. El matrimonio tenía dos casas en la manzana que después llevó el número 246 y es la rodeada por las calles Fucar, de San Juan, hoy de Moratín, de la Berengena y de Huertas. Una casa era la esquina de las calles de San Juan y Berenjena y la otra quedaba hacia la calle de Fucar, donde ocupaba la mayor parte de la fachada de la manzana, ambas tenían comunicación interior. El Alguacil Sotolengo estaba pues magníficamente acomodado en su vivienda de la casa que hacía esquina de Berenjena que estaba convertida en jardín. Y en un buen barrio y sitio céntrico. Pero no para de ahí la cosa. Del Alguacil Sotolengo sabemos que tenía otras varias casas de su propiedad en distintos lugares de Madrid. Un hombre acomodado. Nuestro trabajo nos ha llevado al curioso conocimiento que los Alguaciles de Corte solían estar bien acomodados y tenían buenas propiedades. También sabemos que el sueldo oficial de los Alguaciles no era muy alto. Y que las «varas» sí se alquilaban, aunque hoy pueda parecer mentira. Desde luego no pretendemos arrojar ni la más pequeña sombra de duda sobre el comportamiento de los Alguaciles del siglo XVII.

Residía el doctor Bocángel en la calle de Atocha, semi esquina a la calle San Pedro, en la después manzana 255. Su amplio espacio hacia el interior de la manzana le permitía un buen jardincito.

Una muestra de que los jardines eran abundantes relativamente, puede ser el que se encuentren varios de distintos propietarios en una misma manzana. Este es el caso de la manzana que, en la Planimetría, lleva la numeración 257 y que está rodeada por las calles de San Pedro, Jesús y María, de la Alameda y del Gobernador y situado a dos manzanas de la anterior. En ella estaban las casas y jardines de dos vecinos, el uno el doctor De la Vega, con casa en la calle del Gobernador y de profesión abogado. Tenía don Feliciano de la Vega su jardín inmediato a su residencia, que era una casa de gran tamaño. Otro residente en la manzana era el otro doctor Castañeda, con casa más pequeña y jardín plantado en el que fue corral.

Continuando nuestro recorrido por esta parte cercana al Prado y que ya digimos era de muchos lugares ajardinados, llegamos en la esquina de las calles Verónica y San Pedro al jardín de Juan de Aguilar, que no tenía construcción alguna, sólo terreno ajardinado. Y en otra esquina de la misma manzana de las calles de Verónica y Alameda, se encontraba el jardín de Juan Moldero, en el que se había levantado una construcción de solo dos aposentos. Se trataba pues de jardines destinados solo al recreo de quienes tenían residencia en otro lugar.

Inmediata la manzana 260, entre las vías de Plaza de San Juan, Alameda, Verónica y del Paseo del Prado, donde en el siglo siguiente se construiría la célebre Platería de Martínez. Toda la manzana estaba dedicada a un solo y muy cuidado jardín, perteneciente a los célebres Fuggar, llamados en España Fucares, los banqueros tan conocidos del momento, ellos residían mucho más arriba, junto a la calle a la que dieron nombre, y tenían la oficina también en la calle de Atocha, pero antes de llegar a Antón Martín y en la acera de enfrente de la calle. Aquí tenían el jardín que merecía su riqueza y situado en el mismo Paseo del Prado.

Separada de la manzana anterior por la calle de la Verónica, otra manzana, más pequeña ciertamente, pero otra manzana también dedicada a jardín enteramente. Su dueño, don Juan de Valencia el del Infante, tenía negocios con los Fucares, que llegaron hasta su fallecimiento, que ocurrió cuando era acreedor de ellos por buena partida. Don Juan era americano, nacido en Lima y el se decía perulero. En España llegó a ingresar en la Orden Militar de Calatrava, fue Regidor de la Villa, y su más alto honor fue el nombramiento de Espia Mayor del Rey don Felipe IV y Superintendente de las Correspondencias Secretas, puesto desde el que había que vigilar los posibles actos de espionaje de los Embajadores acreditados en Madrid y, a la vez, en una de esas frecuentes contradicciones de la época, era el encargado de presentar a los nuevos Embajadores al Monarca, lo que hoy realiza el Introdutor de Embajadores. Fue gran toreador y alcanzó fama en sus actuaciones en la Plaza Mayor de Madrid y resultaba muy conocido de los madrileños. Vivía en la calle de Atocha, en casa semi esquina a la calle de los Tintes, que hoy se nombra de Fernán Nuñez y entrando por ésta última tenía su coche en la que encerraba una bellísima carroza, llena en su exterior de columnas, resaltes, tallas y adornos así como de bellos colores. Gustaba don Juan de bajar lentamente en su carruaje por el gran eje de la calle Mayor (Mayor-Puerta de Guadalajara-Platerías-Real de la Almudena) y hacía por el camino llevar el carruaje a paso lento. Los madrileños que ya tenían gracia y finura para estas ocasiones le llamaron «la Tarasca», por el paso procesional del Corpus y quizá también por su genio, que no era bueno. Dejó un curiosísimo libro sobre el Arte de Torear que nosotros reeditamos con su biografía y la reproducción interesante de sus servicios, pero en una edición de bibliófilo de sólo doscientos ejemplares numerados y dedicados personalmente que hace que el texto sea poco menos que desconocido. También dejó un curioso testamento, plagado de sueños y de locuras en el que sólo podían acceder a su herencia y a toda sucesión futura de su casa los hijos legítimos. Precisamente él, que murió soltero y sólo tenía dos hijos –hijo e hija– no legitimados. Él mismo fue la

mejor representación del periodo barroco que le tocó vivir. La calle que hoy se llama de la Redondilla y va a morir ante las puertas de su jardín, parece que un tiempo llevó el título de calle del Indiano, por su causa.

Separada de la manzana anterior por la calle del Gobernador, otra manzana, la 262, dedicada a jardín, entre las calle de la Leche, hoy de la Alameda, de Jesús y María, de la Redondilla y del Gobernador. Aquí tenía su jardín privado el Licenciado Pedro Báez.

También para el nuevo mapa el plano ha variado bastante por el ensanchamiento de la calle Sevilla, antigua Ancha de los Peligros y entre esta calle y la de Cedaceros tenía su lugar la casa y jardín del escribano del Crimen Juan Enriquez. Después se alzaría allí la Hospedería de los Cartujos en la calle de Alcalá, y modernamente el Teatro Alcázar.

Inmediata está la manzana limitada por las calles de Cedaceros, de los Gitanos, hoy de Arlabán, Peligros, hoy calle de Sevilla y la Carrera de San Jerónimo. En la esquina de Sevilla-Carrera de San Jerónimo estuvo el jardín de otro escribano, Luis Sánchez, ocupando un buen terreno.

En la calle de Alcalá, donde después hicieron su convento las monjas llamadas «las Baronesas», porque lo fue su fundadora, estuvo la casa y jardín del Secretario Pedro de Ledesma, que ocupó altos destinos. Secretarios y Contadores formaron, con los Escribanos, la inicial burocracia de entonces que ya venía desde el siglo anterior, con características de continuo aumento que no parece haber abandonado a través de unos pocos siglos más.

Pero será la gran manzana 273 de la Planimetría la que llegaría a concentrar mayor número de jardines de distintos poseedores y tamaños. Bien es verdad que su gran tamaño le hubo de ayudar mucho en tal cometido. Hoy esa manzana, com verá el lector, está cortada y repartida y de lo que fuera una se hicieron tres. Era la manzana rodeada por el Paseo del Prado, la calle de Alcalá, la calle del Turco que hoy se llama del Marqués de Cubas, y la Carrera de San Jerónimo. En el siglo XIX las calles de la Greda, llamada hoy de Los Madrazo y la del Sordo, que hoy se dice de Zorrilla, la atreveraron llegando hasta el Paseo del Prado que en esta parte se conoció durante mucho tiempo como el «Salón del Prado». Allí estuvieron, con entrada por la calle del Turco, la casa y jardín del boticario Juan Madera; la del Secretario Mármol, de influyente familia madrileña, que también tenía acceso por la calle del Turco; la del Licenciado don Gregorio López Madera, también de bien conocida familia; la de Constantino Jiménez, que quedaba frente a la calle de la Greda; la casa y jardín del escribano Luis Sánchez García; la de Andrés de Garibay, que fue algún año el Obligado de los Naipes y pertenecía a ilustre familia vasca entroncada con la historia de aquel país, esta quedaba en la calle de Alcalá, un poco más arriba de la del Turco; y precisamente en la esquina de Alcalá y el Paseo del Prado, la casita de tres aposentos y el extenso jardín arbolado, que fue de Miguel Herrero Luchando y hoy es centro del solar del Banco de España después de haberlo sido del Palacio del Marqués de Alcañices; y nos queda por dar razón del que fue mayor jardín de todos ellos, y formó

parte del lugar donde se celebró célebre fiesta de gran aparato, de aquellas tan barrocas, que se hicieron para la majestad de don Felipe IV en años adelante del siglo XVII y ha sido tan recogida por numerosos escritos históricos del Conde de Monterrey.

Queda pues claro que este pequeño trozo de Madrid encerró una parte de esta tierra que debe considerarse con especial importancia en la pequeña historia de esta Noble Villa de Madrid.

Antes de que se pensara en construir el nuevo Palacio del Buen Retiro, en aquellos terrenos tuvo el Secretario Jerónimo de Cuéllar casa y buen jardín, que vino a quedar más tarde dando solar al Palacio, más o menos.

Aquí llegamos ahora a la ya aludida Huerta de Juan Fernández, que realmente fue muchas cosas y todas dedicadas a producir algún beneficio, ya que en el terreno hubo lavadero público, previo pago, tenderos, jardines que se alquilaban para fiestas y paseos, pero lo que le dio mayor fama fue la casa, dispuesta para comidas y fiestas, con bailes incluidos. El Regidor Juan Fernández tenía en ella, no un lugar de propia diversión, sino un sitio que le producía beneficios con la diversión de los demás. Como es sabido ocupaba parte de la gran manzana, muy irregular, entre el Prado de Recoletos y la calle del Barquillo y desde la calle de Alcalá a la del Almirante, aunque aquí otras tres manzanas pequeñitas estaban incluidas, junto a la mayor, a que nos estamos refiriendo. La historia de esta manzana podría ser un interesante estudio con mucho contenido, y en él se podría incluir el hecho de que, en el centro de todo este complejo a que nos estamos refiriendo, hubiera una plazuela, que al menos en el siglo XVIII y aún quizá resulte que antes, llevó el nombre de «Plazuela de Chamberí». Una pequeña sorpresa que bien merece comentarlo.

En otro sitio bien elegido, en la esquina del Paseo del Prado de Recoletos y la calle que se llamó de San Marcos, la Vieja y de San José y hoy de Bárbara de Braganza, compró el escribano Juan de Obregón dos sitios o solares y levantó una casa en uno y dedicó a jardín el otro. Era este escribano pariente de aquél hombre extraordinario, que abandonó una buena posición social y en plena juventud y se vistió con un tosco sayal, dedicándose a cuidar enfermos pobres con el título de Siervo de los Enfermos, que como consecuencia lógica de su vida, moriría contagiado por el apestado que metió en su propia cama, por no tener otro sitio donde atenderle.

Al otro lado de la calle Bárbara de Braganza, vivía tranquila su ancianidad doña Margarita de Espinosa, viuda de Santoyo, que en vida fuera Ayuda de Cámara de Nuestro Señor don Felipe II, unas veces a la sombra de su casita, otras en su jardín al que tantos cuidados había dado cuando podía hacerlo.

Tan cambiado están estos lugares que se hace difícil la correspondencia con las calles actuales, pero la manzana antigua y desaparecida estaba rodeada por la calle del Barquillo, la del Rincón que hoy es del Almirante, la del Piamonte y la que hoy se llama del Conde de Xiquena y entonces se decía de los Reyes Alta. Justamente allí, con entrada por la calle del Rincón que ya anotamos su nombre actual de Almirante, estaba el jardín de don Francisco Baldestripen de quien siento no poder ofrecer mayores datos.

En otra manzana, pequeñita e inmediata a la anterior, la rodeada por las calles del Rincón, hoy Almirante, del Barquillo, del Sauco, hoy Prim y la calle de los Reyes Alta que en esta parte quedó absorbida por el que fuera Ministeria de la Guerra, cuando llevaba este nombre que hoy tampoco tiene vigencia ya. Pues allí, con entrada por la calle del Barquillo, y ocupando toda la manzana aunque no fuera grande, estaba el jardín de don Francisco de Recias, Escribano del Número, lo que traducido a nuestra nomenclatura actual es Notario. Se ve que ya en el siglo XVII era una profesión lucrativa.

Es un lugar notorio en nuestro Madrid, las casas que, entre la calle de Alcalá y la calle del Caballero de Gracia avanzan en punta, entonces mucho más prolongada y aguda que ahora, hacia la que es hoy la entrada de la Gran Vía. Allí había reunido media docena de antiguas casas, situadas una junto a otra, y había levantado sus casas principales un mercader distinguido y bine conocido de todos, don Octavio Centurión, que sería fundador del madrileño convento de las Comendadoras de Santiago. El lugar muestra claramente la realidad de una sabida riqueza del mercader y fundador del que tanto podríamos ahora añadir.

Cercana a las casas anteriores, la manzana que después llevaría en la Planimetría el número 290, está situada entre las calles de Alcalá, la entonces Angosta de Peligros, la también Angosta de San Bernardo que hoy decimos calle de la Aduana desde el siglo XVIII, y la calle de la Montera. Y aquí tres propietarios habían levantado sus casas y habían plantados sus jardines. Sea el primero el Doctor Ladrón de Guevara, a cuya casa se accedía por la calle Angosta de San Bernardo, cercana a Montera, casi paredaña la casa y jardín del también Doctor don Andrés de Peñafiel, con acceso por la misma calle, y entrando por la calle de Alcalá, situado hacia el centro de la manzana, una casa y jardín de los que era propietario nuestro ya conocido Regidor de la Villa Juan Fernández y que ya que sabemos que no era su residencia debía dedicar a alquiler. Ahora bien debemos añadir que a los dos doctores que hemos mencionado debió parecerles escaso su jardín, aunque no lo fuera tanto, y ambos tenían otro al otro lado de la calle Angosta de San Bernardo al que podían acceder con sólo cruzar la estrecha calle, otros sitios ajardinados de mayor tamaño.

Grande y archiconocido en el Madrid de entonces era el llamado «el Jardín de Valero» que debió formar alguien de este nombre, pero que en los comienzos del siglo XVII pertenecía al Duque de Arión. Estaba en la calle del Clavel, con vueltas a la de San Miguel y a la Caballero de Gracia. Es bien sabido que la desaparecida calle de San Miguel es hoy el centro de la calzada de la Gran Vía.

En la calle de la Reina, entre las calles del Clavel y de San Jorge, que hoy se dice de Víctor Hugo, en la después manzana 297, estaba la casa y buen jardín del Doctor don Diego Altamirano, que se extendía por la calle de la Reina, ocupando media manzana, que es alargada. Y en un cómodo y excelente sitio.

El caso del Doctor Sandi no es frecuente. Sus propiedades se extendían ocupando ocho casas en la manzana 306, seguían otras tres casas en la manzana 307 y aún otras cuatro en la 308. Su residencia y jardín debían estar en la calle del Barquillo, un poco más arriba de la calle de las Siete Chimeneas, las otras propiedades, ambos grupos,

en la calle de la Libertad y debieron ser auxiliares y servicio o quizá de su despacho y estudio profesional. Lo que no deja ningún lugar a dudar es de que el Doctor Sandi era un hombre más que bien acomodado.

En la misma calle del Barquillo, antes de llegar a la de Piamonte, y también en la manzana que sería la 307, tenía casa y jardín el Licenciado Juan Serrano Zapata, inmediata a las casas principales del Duque de Frías, dónde se fundara, en el siglo XVIII, el primer local de la Parroquia de San José.

En la calle de San Juan, que hoy se llama de la Farmacia, en la tercera casa desde la Fuencarral, entrando por la acera de la derecha, tenía casa y jardín el Doctor Medina dando su jardín a la calle de San Pedro y San Pablo, calle que hoy se nombra de Hernán Cortés.

De la que fue casa y jardín de don Jerónimo de Barrionuevo no queda ni manzana, ni la calle que se llamó de Santa Bárbara Vieja y estaba por las cercanías de la calle de Santa María del Arco, que es la que hoy se llama calle de Augusto Figueroa. Varias reformas urbanas, aperturas de plazas y prolongación de calles dieron al tras con el viejo plano.

En la quebrada calle de Santa Brígida estuvo la casa y jardín que, en los comienzos del siglo XVII, era dueño y señor el Doctor Agramonte. Nuestro paseo retrospectivo va mostrando y demostrando nuestra afirmación del alto número de universitario existentes en aquél Madrid, de una media cultural que cada día nos parece más envidiable desde la desolación actual de nuestra enseñanza.

Entre la calle de San Mateo y la antigua de San Benito, hoy de la Beneficencia, se extendía y se sigue extendiendo la larga y estrecha manzana que en el siglo XVIII fue numerada con el 335. En ella y a mitad de la calle de San Mateo estaba la casa, tahona y jardín de Ludovico Andrés de Parada, que por detrás llegaba hasta la dicha de San Benito-Beneficencia. En la misma manzana y calle, en la esquina de San Mateo y la calle que entonces se decía de la Florida y ahora de Mejías Lequerica, estaba el jardín y la casa del Licenciado don Mateo Cedillo, que tenía terrenos de buen tamaño por la calle de San Mateo y ocupaba todo el frente de la manzana a la calle Florida y aún volvía por la San Benito-Beneficencia con gran extensión. Aquí podemos comenzar a darnos cuenta que el nombre de Florida a esta calle, actual de Mejías Lequerica, no era un tonto capricho irrazonado, sino la consecuencia del gran número de jardines, indudablemente floridos por allí existentes.

Cambiamos de barrio y vamos a la calle Mayor, en esa misma importante calle, semi esquina a la de Coloreros, estaba la casa con su jardín del Contador Juan de Olave, dedicando a las rosas un terreno de altísimo precio en aquel Madrid de Lope de Vega.

De grandes dimensiones de superficie era la casa que la calle del Arenal tenía el Licenciado Ramírez de Prad, con un trozo considerable de jardín que se extendía por todo el tramo de la dicha calle, entre las de Bordadores, por la que volvía un buen trecho y la de Hilares por donde se extendía mucho más, por lo que venía a ser un tercio de la manzana entre Arenal y la Plaza de Herradores acercándose mucho al convento de San Felipe Neri.

El Decano de los Letrados de la Villa era por entonces don Ascensio López, gran jurista, que él fue el promotor de la fundación de la Congregación de Santa María de Abogados de Madrid, gérmen y semilla del después y actual Colegio de Abogados. Vivía don Ascensio en casa enorme, que tenía acceso por la desaparecida Plaza de Navalón en la calle de la Sartén que hoy se dice de las Navas de Tolosa y por la de los Trujillos, que fuera calle de los Muertos, hasta la Plaza de San Martín. Y por si fuera poco tan gran domicilio y su correspondiente jardín, aún tenía otra casa de ordinario tamaño en la calle de Veneras y aún otra, estas dos sin jardines, y la última situada en la acera opuesta de la misma calle de la Sartén, muy cercana a la calle del Postigo de San Martín.

Pequeño era el jardincito del Contador Juan Manuel de Carmona, lo que podía sacarse del que fuera primitivo corral; estaba su casa en la calle de Tudescos, larga e importante calle que nada tiene que ver con lo que ha quedado de ese nombre después de que se abriera la Gran Vía; precisamente el solar de su casa debía quedar por donde hoy está la acera de los pares de la Gran Vía, hacia su esquina con lo que sigue llamándose la Embajada de Sacro Imperio, que por aquel entonces debía estar representado en la Corte por aquel Conde Pfandl, que escribió un curioso diario de su estancia en Madrid.

Estaba en la calle de la Palma Alta, entre las de San Andrés y la Corredera Alta de San Pablo, la casa que tenía y residía el Doctor Hernando de Montemayor, pero el jardín no estaba unido a ella, aunque sí muy próximo pues se encontraba al otro lado de la misma manzana, en la calle de San Vicente.

En la que fuera la enorme manzana 494 que después ha sido rota por varias calles, en una esquina, precisamente la que después ocuparía el convento de las Salesas Nuevas, felizmente existente, estaba la casa del Contador Juan Fernández, en la misma esquina de la calle de San Bernardo, allá cerca de lo que entonces era su final, esquina a la calle de San Miguel y San José, hoy calle de Daoiz.

Don Sebastián Zambrano no sólo era importante figura política como Consejero, sino que estaba respaldado por una considerable fortuna inmobiliaria. Sus casas principales quedaban un poco a trasmano para los gustos de la época, pues estaban en la calle de San Bernardo, en la esquina de Santo Domingo la Nueva que ahora decimos calle de Quiñones, lugar que en el siglo siguiente ocuparía el convento e iglesia de Montserrat. Grande, como correspondía a su dueño y señor, tenía hermoso jardín que daría descanso a los ocios de su poderoso dueño, muchas de cuyas actividades no siempre muy acordes con el respeto a la Real Majestad, no son conocidas.

No vale la pena el considerable esfuerzo que supone el reconstruir la parte del plano que tan desafortadamente asoló la Gran Vía, que fue precisamente por estos lugares de la que fue calle de la Inquisición, hoy de Isabel la Católica y de San Bernardo, por donde hizo los mayores destrozos. La manzana, entonces, estaba delimitada y rodeada por la calle del Rosal, desaparecida con la Casa del Pecado Mortal, la que llevó primitivamente nombre de Plaza de los Mostenses, que nada tiene que ver con la existente, la calle de la Inquisición, en trozo que dejó de existir, la de la Flor Baja, de la que

apenas quedan restos y la entonces calle de la Parada que nada tiene que ver con la actual, pues el Ayuntamiento quiso conservar el nombre y se lo propinó a otra calle, en otro lugar, con otro tamaño, y con otra dirección, yo creo que para desesperar a los estudiosos que intentáran deshacer el embrollo. Créedme pues, que allí estaba, en la que después fue la manzana 508, las casas principales de la señora Duquesa de Medina del Río Seco, con acceso por la calle de la Flor, y para las que había demolido ocho casas, a fin de reunir espacio amplio para la suya con honores palaciales.

La manzana 522 de la que queda algo al menos, no de ella misma, sino de su trazado, en la punta que asoma a la Plaza de Santo Domingo, entre las calles de Leganitos y de la Inquisición, hoy Isabel la Católica, fue una manzana de apretado caserío. Sin embargo, ahí fue el lugar elegido por Román Reyes para establecer, no su casa, sino su jardín particular y recreativo. La manzana por la calle de Leganitos era muy larga y allí estaba el jardín, hacia el punto medio que entonces existía entre la Plaza de Santo Domingo y la esquina de la calle de la Flor Baja, de la que sólo queda como recuerdo este trocito que ahora recordamos.

Muy cerca uno de otro vamos a encontrar tres jardines. Uno en la calle, muy breve, de San Leonardo, que sigue teniendo el mismo nombre, por la calle de la Princesa, y que fue del alarife Tomás de Torrejón, que era precisamente el técnico que actuó mucho tiempo de tasador en la Visita de Aposento, además de ser propietario de ocho o diez casas por distintas partes y de haber realizado varias importantes construcciones en Madrid. Inmediato vivía otro alarife bien conocido, y estas eran sus casas de residencia, nos estamos refiriendo a Juan Gómez de Mora, que también tenía otro jardín en la esquina de la Plaza de Afligidos que hoy se nombra de Cristino Marcos. Y San Bernardino, dando entrada por la calle de Leganitos, en la misma manzana, se encontraba el jardín del Contador Juan de Salazar y por Leganitos se accedía también al jardín del Licenciado Diego del Molino, Fiscal del Consejo de la Cruzada.

Hoy se llama Travesía del Conde Duque, pero entonces se decía calle de San Benito, y en su esquina con la de Amanuel, en la que entonces estaba la Plaza del Gato y hoy el cruce de calles sin denominación, estaba la hermosa casa y jardín de don Francisco de Testa, Escribano Mayor del Ayuntamiento, esto es Secretario General en nuestro días, y Escribano también del Número o Notario don Francisco Martínez de Testa, y junto a él había otro jardín, este perteneciente al escribano Antonio Calvo.

Como se ve hemos procurado que nuestro grupo de muestra abarcara los más distintos barrios de la Villa. Curiosamente queda reflejado que en la periferia, el número de jardines era mucho mayor y también que estos lugares de esparcimiento pertenecieron a gentes muy variadas y si entre ellas hemos encontrado a ricos y grandes autoridades también aparecieron muchas gentes de modestas ocupaciones y destinos inferiores. Puede parecer este trabajo poco interesante, pero yo estimo que también resulta interesante para conocer cómo y quiénes eran los vecinos de aquel Madrid lejano y legendario, para adentrarnos un poco más en una sociedad desconocida y lejana de la que, si bien es verdad, la Literatura nos ha enseñado mucho y también es cierto que la ha teñido hartas veces con colores que no le pertenecían.